

Las Ánimas del Purgatorio



«¡Un ánima, Dios mío! Entonces ella dejó de amarrar el tranquero, pero tuvo valor para decirle: Si es ánima que vuelva a silbarme, y le volvió a silbar.»

YORMAR TOVAR

El lunes es el día de las Ánimas. Esa noche en los hogares portugueses se acostumbraba rezarles y prenderles una velita. En el rezo se encomendaba a algún ánima en particular, podía ser un miembro de la familia o un difunto con quien se hubiese soñado. Se tuviera doliente o no, los lunes en casi todas las casas ardía una vela en el rincón más oscuro y apartado, o detrás de la puerta de la cocina, a veces incluso en la letrina. Nadie se atrevía a pasar por ese sitio una vez ofrecido el rezo y encendida la luz porque se suponía que las Ánimas estaban reunidas rezando hasta altas horas de la noche.

Muchas personas aseguran haber oído sus rezos y sus lamentos, otras han logrado verlas y las describen vestidas de blanco, descalzas, llevando cirios encendidos en las manos. Adelante, sola y separada del grupo va la que guía el rosario. Cuando pasan por las calles solitarias se oye un murmullo escalofriante que engrifa los pelos de cualquier cristiano por muy valiente que sea. Las horas escogidas por las Ánimas del Purgatorio para salir a recorrer los lugares que ellas habitaron en vida son las doce de la noche y las doce del mediodía.

Si a las Ánimas se les hace alguna promesa se debe cumplir, caso contrario ellas se encargan de recordar la deuda con murmullos, llantos o simplemente voces que llaman al «mala paga» por su nombre. Tampoco se les debe apagar las velas o lámparas, hay que dejar que se consuman en su totalidad, porque sino vienen en sueños a cobrar la ofensa y asustan al infractor reclamándole su actitud.

EDDY FERRER LUQUE

Poeta y cronista del municipio Guanare

Guanare es una ciudad, como todo pueblo llanero, donde se narran leyendas diversas, que por supuesto son de las sombras, de los caminos, de los aguaceros nocturnos de donde emanan. Esas leyendas nacen del pueblo, de las querencias y de los afectos de la gente.

Una de esas leyendas que muy poco han aparecido en los libros de crónicas e historia portuguesas es la que tiene que ver con el convento de San Francisco de Asís, donde hoy está el vicerrectorado de la Universidad Ezequiel Zamora. Yo la titulé en un trabajo «El espanto del convento». Hace algún tiempo atrás se escuchaba hablar de duendes, espantos, aparecidos, Ánimas en pena y fantasmas que caminaban entre las sombras de los viejos muros, de ruidos que se oían, como el cierre de una puerta o el chirrido de una alcayata, como si alguien se meciera en una hamaca. Eso ocurría en las casonas antiguas donde se creía que se había enterrado una botija con morocotas de oro.

Lo cierto es que de boca de nuestros padres oíamos decir que en casa de doña Rosaura Moreno salía un ánima detrás de la mata de taparo y que en el solar de don Brígido Olaichea siempre veían una lucecita que aparecía por los lados de la letrina o pozo séptico. Se decía también que en el caballete de la casa de don Obdulio Montenegro cantaba una pavita los viernes santos a las doce de la noche.

No podía escapar de estas creencias mítico-paganas el convento de San Diego del Monte, llamado más tarde convento franciscano porque lo habitaban monjes capuchinos de la orden de San Francisco de Asís. Está escrito que el licenciado Leonardo Reinoso, por una disposición testamentaria, donó una cantidad de dinero para erigir el convento y que le ordenó al padre

Pedro de Los Reyes que administrara los reales para la construcción, tomando en cuenta que el cura conocía mucho sobre obras de arquitectura y nadie mejor que él para que dirigiera la gigantesca obra, a la que fueron llamados los guanareños como obreros de la construcción. Ya el hecho de nombrar esos personajes tiene un halo de misterio. ¿Quién era y de dónde venía ese Leonardo Reinoso?... ¿Quién era y de dónde venía ese cura Pedro?... ¿Por disposición testamentaria de quién?

Aquí entonces comienza el misterio y lo misterioso trae consigo a esas benditas Ánimas que en la oscuridad de la noche andaban por los pasillos del caserón.

Se decía también que para abrir un convento se debía disponer de por lo menos doce frailes y si no se completaba la docena, pues no se abría el convento. ¿No encierra esto ya un misterio? Otra cosa que sabemos es que allí también funcionó una escuela de primeras letras que después permaneció inactiva, que sirvió para alojar enfermos, que fue cuartel y tantas otras cosas, hasta que en 1821 se cerró el convento y de nuevo se abrió en 1827.

En setenta y cinco años, desde que se levantó hasta que se abrió, vivieron allí los frailes; y se dice que el superior de ellos, en acto de penitencia por algún pecado, les condenaba a estar amarrados con cadenas y a siete días de ayuna. Los que morían por alguna enfermedad los enterraban en el altar mayor, por eso se supone que se escuchaban pasos que arrastraban una pesada cadena, pasos que seguramente eran de algún capuchino desandando. Se veía también la figura de un monje que, con una vela encendida en la mano izquierda y en la derecha un largo rosario, atravesaba el pasillo desde la capilla interior del convento para dirigirse a la pequeña puerta que daba a la iglesia del mismo convento. Se decía que en el patio posterior fue enterrado un general que no se sabe si era patriota o realista, y como no se le rezó la novena anda penando entre la vieja caja de agua y la mata de la luz. Y eso de los espantos quedó como historias de viejos en la memoria de los mayores y hoy son conversas, y aunque no sean ciertas nos animan a escucharlas.

YORMAN TOVAR

Profesor de la Universidad Nacional Experimental Ezequiel Zamora, núcleo Guanare, y reconocido poeta regional

Esto ocurrió exactamente el 5 de enero de 1964, víspera de Reyes. Nosotros vivíamos, la familia, en El Paso Real de Guanarito. Esa mañana muy temprano iban pasando los roleros ya de regreso de la faena. Allí había un hombre, a lo sumo tendría veinte años, llamado Misael Cordero, un hombre de sombrero negro, parecido al actor mexicano Luis Aguilar, que se vestía de negro. Era un hombre demasiado guapo, parrandero, era larense, tocaba bien la guitarra y cantaba canciones.

Mi madre, Lina Tovar, tenía una pensión en El Paso Real. Resulta que Misael Cordero tenía enemistad con otro hombre llamado Rolando Romero, era guapo también el hombre. Bueno, la enemistad, supuestamente, era causada por una mujer. Entonces, dondequiera que se encontraban Rolando pelaba por armas blancas o por un garrote y Misael lo desarmaba, se lo quitaba. Él peleaba era con las manos, porque el hombre peleaba de verdad.

Esa mañana Misael llegó de cola en un camión rolero, porque él era cortador de madera, y le dijo a mi mamá: Lina Tovar, danos desayuno porque nosotros vamos rumbo a La Hoyada, que hay un baile donde Pablo Amaro. Entonces mi mamá le dice: Muchacho ten cuidado... mira que tú tienes un enemigo. Él contestó: Si todos los enemigos míos fueran como Rolando Romero yo viviría tranquilo. Entonces mi mamá le dijo: Nunca creas en enemigos pequeños. Comieron, se despidieron y se fueron.

Era muy nombrado el baile de La Hoyada. Esa noche, recuerdo que eran como las diez de la noche, y mi mamá dice que nos vamos a acostar, pero ninguno de mis hermanos estaba en la casa y mis hermanas ya estaban durmiendo. Yo era el más pequeño y era el que estaba con ella. Mi mamá me dice: ¡Hijo!, acompáñeme que voy a cerrar el tranquero. Cerramos uno y nos fuimos a cerrar el otro que estaba en lo oscuro, aunque la luna estaba clarita. Cuando mi mamá estaba amarrando la última tranca se oyó un silbido, pero muy fino...: *fiiiiiiiiii*. A mí no me asustó porque yo no sabía nada de miedos, pero mi mamá dijo: ¡Un ánima, Dios mío! Entonces ella dejó de amarrar el tranquero, pero tuvo valor para decirle: Si es ánima que vuelva a silbarme, y le volvió a silbar.

Nos metimos en la casa y una de mis hermanas se levantó y le hizo un guarapo a mi mamá porque se había puesto muy nerviosa. En la mañanita, día de Reyes, cuando nos estábamos levantando llegó Matías Farfán, que era otro cortador de madera, un baquiano, y dijo: Doña Lina, a que no adivina a quién mataron anoche. ¡No me diga que fue a Misael Cordero!, dijo mi mamá. Sí, respondió Matías Farfán, lo mató Rolando. Entonces dijo mi mamá: ¡Ah caramba!.. esa fue el ánima que me silbó anoche, me estaba avisando que lo habían matado. Yo se lo había dicho en la mañana.

LENÍN FERNÁNDEZ

Vecino de Biscucuy

Mi padre era Pedro Nolasco Fernández y cuando yo tenía doce años él me puso como cuidador de los burros y las mulas que tenía mi tío Antonio José Fernández en La Concepción. Un día mi tío tenía un burro amarrado en el patio que era el que él usaba para llevar el café a Guanare y de Guanare traía carne para Biscucuy y La Concepción. Ese burro una madrugada oyó el rebuzno de una burra entempada que estaba en El Aposento, que era un lugar distante unos cuatro kilómetros de La Concepción. Ese burro reventó los mecates, se desató y se fue a busca su burra. Mi papá tenía la obligación de prepararle el burro a mi tío todas las mañanas para que fuera a Guanare y a Biscucuy. Mi abuela Raquel despertó a mi papá y le dijo: Párese..., párese machito que el burro de Antonio José se fue. Apúrese a buscarlo porque usted sabe como es su hermano de bravo. Tráigaselo antes de que amanezca. Mi papá se fue, pero él tenía que pasar obligatoriamente por el cementerio de La Concepción para llegar adonde estaba el burro. Cuando mi papá pasa de madrugada por el cementerio, oye un murmullo muy fuerte, como de voces. Él cuenta que le temblaban los dientes y las canillas, él creía que eran las Ánimas que estaban rezando y se devolvió; pero al momento se acordó que su hermano era muy jodido y eso le dio valor para decir: ¡Que sea lo que Dios quiera!, y se dispuso a pasar el cementerio y lo pasó. Buscó el burro, lo amarró con su mecatico y se lo trajo. Ya estaba aclarando cuando volvió a pasar por el cementerio y escuchó el mismo murmullo, pero como ya estaba aclarando se puso a reparar de dónde venía el ruido. Resulta que eran unas abejas que estaban en las flores de un candelero.

El miedo muchas veces hace ver espantos que no existen.